

# Entre verdes y cuasi blancos

Cuando nació su piel era extraña. Rodeado de azulejos resignados a ser blancos, una enfermera lo giraba de un lado a otro. Una jarra ofrecía agua tibia, pero no tan cálida como la despedida, minutos antes. Al deslizar sus manos sobre el cuerpecito, percibió un tono áspero. Recién entonces se detuvo, su mirada transmitía una belleza inusual.

*“No voy a decaer ahora, a punto de jubilarme. Me juré varias veces no entrometerme en la ternura de estos gurises”.* Fue su manera de sobrevivir ante la desidia cotidiana.

Volvió a sus brazos y recorrió con sus dedos las piernitas. Una piel gruesa y ribeteada de grises. Llamó al médico de la otra sala. Un hombre alto, con celular en mano, hablaba entre el laberinto de los escritorios. En esas vueltas precarias, tiró los papeles amontonados en pilas de los más variados tamaños y los volvió a su lugar, sin conocer la prioridad de los futuros operados. De soslayo, interpretó las señas de la enfermera, se acercó y su mano libre recorrió al bebé de pies a cabeza. Sacudió sus manos de un lado al otro: no había signo de alerta.

La enfermera cortó una sábana lo más cercana al blanco para envolver al recién nacido. Al cruzar la mirada, la mujer bajó los párpados.

El nacimiento penduló entre el camión de traslado a la cosecha y el hospital de la ciudad. El tiempo se inclinó por los guardapolvos blancos. En el raído, la madre amontonaba las hojas de yerba mate y los retos médicos: controles sin regularidad, ecografías pendientes, ausencia de vitaminas. Nada hablaba de la falta de turnos y de aparatos, de los médicos que cumplen sus horas públicas en las clínicas privadas ni de su alimentación a base de reviro. Un crucial error rondó en la entrevista de inicio. Dijo *“soy tarefera”*.

Desde ese momento, sintió cómo el trato se tornaba entre hostil e infantil, pero nunca alcanzaba la cima de adultos iguales. Así creció su bebé, entre soles abrumadores de cosechas y sombras médicas.

Varias hileras de camas y la cunita tambaleante por el pasillo del medio. Al llegar a destino, su madre no tardó en alzarlo. Su cansancio resistió hasta acariciar su cara, el sueño los encontró entrelazados.

El caldo sin aroma y el calor agobiante de la sala sólo eran soportables en la brisa de las conversaciones entre mujeres. El horario de visita, restringido: un poco de bullicio, papeles y bolsas crujientes donde asomaban tortas fritas o alguna batita recién lavada. Luego, las voces de las mujeres abrazaban las incertidumbres y las anécdotas de las más experimentadas. La mujer notó que, en la ronda médica de las mañanas, su bebé resultaba el más revisado. También ella encontraba su piel con un tono distinto y, al mismo tiempo, indescriptible. Cuando pudo formular la pregunta en silencio, la espala del médico le dio la respuesta.

En algún informe del residente de guardia quedó asentado "cuestiones dermatológicas a revisar" y en otra ronda de café se escuchó *"su piel es rara, se podría ofrecer a un laboratorio para su estudio, pero esta mujer no lo va a llevar"*. Sin embargo, el alta fue dada sin comentarios. Ya con un bolso hecho en los días de visitas, regresaron a la casilla de madera de San Carlos. La bienvenida de su pareja y del hijo mayor fue breve. Por la tarde, lavaba el montón de ropa apilada en una esquina, dibujaba un laberinto entre el tacho con agua y la cunita improvisada en el cochecito.

En tiempos de tarefa, la mamá dejaba al niño en un jardincito, cerca de la cosecha. Una ONG bien intencionada bogaba por la sepultura del trabajo infantil. Ahí, Kevin fue feliz, hasta parecía que su piel asumía mayor plasticidad en esos periodos. Dos brazos abiertos lo esperaban de madrugada, con la calidez

de los juguetes en las salas, la leche tibia de un sabor inexplorado y sonrisas para perder el miedo.

Su escuela primaria le mostró otra cara del mundo. Desde su llegada con su mochila nueva y su pelo recién lavado, sintió el peso del raído en sus espaldas. Su maestra no disimulaba las diferencias entre los tareferos y los obreros de la zona, cuando los retaba en el aula o les explicaba cómo multiplicar. Parecía entrenada para encontrar ejemplos sutiles donde menospreciar la experiencia de la cosecha. En los recreos, según el juego del día, su timidez decidía sumarse o no. Su piel se tornó aun más áspera. Percibía el roce bajo las camisas regaladas en la Iglesia. El aula se convertía en comedor y el reviro sin gusto ni conversación se hacía presente al igual que en su hogar. La suerte no lo acompañó, esta docente continuó hasta 6to grado. Respiraba aires nuevos cuando se acercaba la directora o la maestra del otro ciclo; solía caminar cerca de ellas, a la espera de que bajaran su mirada y, entonces, poder recibir una sonrisa o una caricia en su cabeza. A los tumbos, recorría la primaria.

A los 8 años, Kevin asumió la tarea de ir a la Iglesia para recoger su ropa y la de sus hermanos. Marita, una señora discreta y muy prolija, le entregaba las prendas dobladas en bolsas. Nunca pudo contornear sus sentimientos en palabras, sólo la sensación de caridad teñida de desprecio. Tampoco le comentaba a su madre que su cuerpo inventaba un gris oscuro, casi negro en la vuelta en bicicleta. Ya lo sabía, por eso tomaba la precaución de ir todo cubierto, hasta con sombrero.

Su madre lo percibía, con los años su piel se hacía más tensa. Su tercer hermano también notaba los cambios sutiles. Por momentos, un gris perla envolvía los dedos de los pies o se opacaba en los talones curtidos.

Uno de los recuerdos grabados fue aquel enero en el negocio de ropa deportiva. Luego de endeudarse con los calzados más caros, de espaldas a la vidriera escuchó, *“por más que elijan*

*las zapatillas más llamativas, se notan que son tareferos".* Ese comentario caló en la piel, atravesó su cuero humano y brotó de su interior otra capa más. Esta vez, las articulaciones tuvieron problemas. Se angustió al pensar que su cuerpo no le respondería en la próxima tarea.

Todavía no sabe cómo accedió al secundario, sospecha que los deseos de su madre, por no repetir la historia, lo empujaron hasta la entrada. Fueron los tiempos más convulsionados. La variedad de profesores y de estudiantes, las combinadas experiencias y miradas jugaban con su piel como él, a los libros. Días de liviandad y otros de rigidez acompañaron sus primeros años. La identidad de tarefero volaba como un fantasma o la vestía con el mayor orgullo.

Charlas en alguna esquina del barrio, comentarios bajo el árbol de la yerba mate y la mesa de la casilla llena de vasos sucios acompañaron su decisión. En puntas de pie, alcanzó la caja de zapatos en el estante más alto, dejó un par de billetes enrollados y otro tanto lo puso en el bolsillo de su mochila. Confundido y sin faro a mano, tomó el micro de la noche rumbo a Posadas. Bajo la luz que esquivaba las cortinas roídas, observó su piel áspera. Un tajo en su mano izquierda le mostró las diferentes capas y el gris entreverado en los dedos. Cerró los ojos y lloró en silencio. Algunas grietas nacieron en su pecho, en su espalda y luego fueron hacia el sur de sus piernas. Se asustó. La camarera le ofreció algunos caramelos. La piel penduló entre la rigidez y la libertad entre las grietas.

Mariana Paula Dosso